

EL PRIMER DESPERTAR

El calor había sido agobiante, uno de esos días donde los cuerpos quedaban agotados por el sólo hecho de moverse, sin embargo el atardecer invitaba a salir. El aire fresco golpeaba en la cara trayendo un suspiro de vida, el sol se iba desangrando, mostrándonos los más bellos colores de su dolor.

La pradera comenzaba a desprender el rocío derramando su perfume al aire, momento propicio para que los animales salieran a buscar alimento, agua y frescura.

No sólo ellos empezaban a aparecer, también Roana, una esbelta joven, de largos y finos brazos, piernas bellamente torneadas que se desplazaba con aires felinos, cual leona al acecho de su presa. Su piel color chocolate, tersa, brillante por el sudor; sus ojos, dos almendras vibrantes, profundos, sagaces; su cabellera, larga, enrulada, sedosa, adornada con vivos pañuelos de colores; hacían de ella una persona que enamoraba a su paso.

No llevaba calzado, nunca, amaba estar en contacto con la tierra, el agua, la vida. Por eso estaban curtidos, sus plantas se habían encallecido haciéndose una con el suelo que la había visto nacer y crecer hasta transformarse en lo que hoy era, una hermosa y estilizada adolescente, que había quedado cuidando de sus cuatro hermanos cuando sus padres murieron en un accidente dudoso.

Roana amaba África, sus colores, su fauna, sus olores, y el atardecer era su hora preferida; cuando terminada la tarea de bañar, dar de comer y acostar a sus hermanos, salía a encontrarse con esa naturaleza viva.

Envuelta en su larga túnica turquesa que modelaba muy bien sus finas caderas y sus largas piernas había decidido tomar el aire nocturno, disfrutar del silencio, echarse en el húmedo pasto y contemplar las estrellas, jugando como cuando niña a imaginar formas.

Así se encontraba, ensimismada en sus pensamientos, cuando vio una silueta que se había parado al lado suyo, sobresaltada se incorporó veloz, pero luego se distendió al darse cuenta de que era Simón, su amigo de la vida.

Un adolescente también, fornido y bien parecido, vestía unas bermudas amarillas y llevaba el torso desnudo, sus cabellos eran crespos como los de Roana, pero los llevaba bien cortos y ordenados.

Roana lo observó y pensó que esa noche lucía particularmente lindo, no sabía bien cuál era la diferencia con los otros días pero algo dentro de ella despertó.

Simón también la miró distinto; nunca la había visto tan sensual, y esa noche con ese vestido ajustado a sus caderas, dejando al descubierto parte de sus bellísimas piernas hacía que se despertara el hombre que empezaba a nacer.

La hierba había humedecido su vestido y sus pequeños pechos asomaban tímidamente por entre la ropa.

Simón lo notó al instante y sintió deseos incontrolables, los que hizo saber cuando sin anuncio le tomó las manos y la atrajo hacia sí, sus cuerpos quedaron muy juntos, como una sola persona. Roana no se negó, se dejó abrazar, lo necesitaba. Sus bocas estaban tan cerca que sin

desperdiciar el momento se besaron dulcemente primero, furiosamente después, y entre abrazos y besos, caricias y acercamientos la hierba fue el cobijo de su primera noche de amor en los brazos de su mejor y único amigo.